

de la época romana, de las obras maestras de Praxíteles. ¿Es que aprecia usted una de esas reproducciones de *La Noche* de Miguel Angel, que pueblan las tiendas de los marmolistas toscanos? ¡Siempre copias y copias..., y hechas por algunos procedimientos!... ¡He aquí lo que ustedes admiran en Florencia, en Roma, en Nápoles! Todos aquellos bárbaros del tiempo de los emperadores romanos, que poblaban sus quintas con las reproducciones de las obras maestras de Grecia, les han dejado á ustedes la sombra de la sombra de lo que fué la verdadera Grecia, aquella que visitó Pausanias. Aquella Venus es una linda bañista, es coqueta, es lasciva. ¿Qué tiene de común con la Anadiomena, con la Afrodita que encarnaba todas las energías amantes del mundo, y cuyo templo estaba prohibido á los hombres, con la diosa que se llamaba también Apostrofia, la preservadora, y á la que se pedía la fuerza para resistir los deseos de inmoderados y el ánimo para salvar al amor de la mancha de los sentidos? ¿Y Apolo? Mírenle ustedes. Recuerda el del Belvedere, que Winkelmann admiraba tanto. Es la copia romana de un mármol de Scopas. Pero ¿qué relación hay entre este hermosote académico y el terrible dios de la *Iliada*, ó el del frontón del Olimpo? Allá abajo está la encarnación de la luz terrible, trágica. Se siente el Oriente y el Egipto, el poder del sol, el aire tórrido del desierto. Pero ¿aquí? Este es el hermoso joven destinado á encantar los ocios de una gran señora depravada en una cámara secreta ó *venéreo*, como las hay á centenares en las casas de Pompeya. Y ¡ni un golpe de cincel original sobre estos mármoles, nada que

revele la mano del artista: tras la mano la mirada, tras la mirada el alma, tras el alma la ciudad, la raza, todas las virtudes que hacen del arte una cosa augusta y sagrada, la flor divina de la vida humana!

El viejo había hablado con singular exaltación. La noble manía intelectual transfiguraba en aquel momento su rostro marchito. De repente, el hombre de bien, algo cómico, que vivía en él, tomó el desquite: su boca tomó una expresión burlona, y amenazando con el nudoso dedo á una de las estatuas, una Diana fácil de reconocer por su carcaj, y cuyo rostro, blanco en algunas partes y amarillento en otras, revelaba la restauración, dijo:

—¡Y los infelices no están intactos! Son copias, y copias restauradas. ¡Vean ustedes ésa!... ¡Bien!—añadió al ver que un criado abría la doble puerta que terminaba la galería—. El caballo de raza no tiene necesidad de espuela. Don Fortunato está presto.

Y adelantando hacia Adriana Bonnacorsi, dijo:

—La señora Marquesa, ¿me hará el honor de aceptar mi brazo para ir al altar? Mi edad me da el derecho de representar el papel de padre, y si no voy de prisa me perdonará usted. ¡La carga de los años es la más pesada carga que el hombre puede llevar! Y no esté usted emocionada—añadió el excelente hombre en voz baja, al sentir temblar el brazo de su compañera—. He estudiado bien á su Corancey desde hace algunos días: es un corazón excelente y leal.

—Y bien—decía Corancey á la señora de Carlsberg, ofreciéndola á su vez el brazo, mientras Florencia Marsh tomaba el de Hautefeuille—, ¿se burlará usted de la quiromancia y de mi línea de suerte? Yo ha-

bré llevado del brazo á mis bodas á la baronesa Ely. ¿No es esto una gran suerte? Y ¿no es otra que ella haya tenido, para divertirse durante este trabajo, un hombre tan original como nuestro huésped?

—Esto no es un trabajo—respondió la Baronesa riendo—; lo cierto es que usted tiene la fortuna de casarse con Adriana. También es verdad que el Príncipe no se parece á nadie. Anima encontrar tal entusiasmo en un hombre de su edad. Cuando estos italianos se enlazan á una idea, la aman como amarían á una mujer, apasionada, religiosamente. Con estos fervores han rehecho su país.

—Usted no puede comprender esto—decía entre tanto miss Marsh á Hautefeuille—, usted, que es de un viejo país; pero para mí, que soy de una ciudad casi tan joven como yo, las visitas á un palacio como éste, donde todo habla del pasado, resultan encantadoras.

—Señorita—respondió Hautefeuille—, hay algo más penoso que vivir en un país moderno, y es vivir en uno que se quiere hacer moderno á toda costa, estando lleno de reliquias del pasado, de un glorioso pasado... Un país donde hay verdadero encarnizamiento por destruirlo todo... Esta es la locura de Francia desde hace cien años.

—También es la de Italia desde hace veinticinco—respondió la americana—; pero aquí estamos nosotros—añadió alegremente—para comprarlo y salvarlo todo. ¡Oh, qué adorable capilla! ¡Mírela usted! Pues bien: ¡puesto á que estos frescos acabarán en Marionville ó en Chicago.

Y mostraba al joven las pinturas de las paredes del

oratorio donde el cortejo había entrado. Aquella reducida estancia, en la que el Cardenal pirata había, sin duda, oficiado, estaba adornada, desde el suelo á la bóveda, por una vasta composición simbólica, obra de uno de esos desconocidos maestros que á cada paso se encuentran en Italia y que en otras partes serían célebres. Pero allí—como decían los soldados de la famosa carga—son muchos. Dicho pintor, bajo la influencia de los maravillosos frescos con que Lorenzo Lotto adornó la capilla Suardi en Bérgamo, había representado sobre el altar un Cristo en pie, abriendo sus manos. De la extremidad de los dedos del Salvador partía un sarmiento de viña que se alargaba hasta la bóveda, cargada de racimos. Estos sarmientos se curvaban, para encuadrar, de un lado, cinco caras de santos, y del otro, cinco caras de santas. Encima de la cabeza de Cristo, esta inscripción: *Ego sum vitis, vos palmites*: «Yo soy la viña, vosotros las ramas», daba á aquella fantasía decorativa su justificación evangélica. Sobre los muros y en los compartimientos, dibujados por columnas, veíanse los principales episodios de la leyenda de San Lorenzo, el Patrón de la catedral de Génova: Decio degollando al emperador Felipo en su tienda; el hijo del Emperador muerto, confiando á Sixto los tesoros de su padre para que fueran distribuidos entre los pobres; Sixto conducido al martirio y seguido de Lorenzo que le gritaba: «¿Dónde vas, padre, sin tu hijo; sacerdote, sin tu diácono?» Lorenzo recibiendo los tesoros á su vez y confiándoselos á la pobre viuda; después Lorenzo en la prisión convirtiendo al oficial de guardia; Lorenzo en los jardines de Salustio reuniendo á

los pobres, á los ciegos, á los tullidos, y diciendo á Decio: «He aquí los tesoros de la Iglesia.» Lorenzo entre las llamas. Lo pintoresco de los trajes, el capricho de la arquitectura, la opulencia del paisaje, la amplitud del dibujo y el calor del colorido, revelaban la influencia veneciana, pero atenuada, dulcificada por el deterioro del tiempo, que había desvanecido el color vivo y el ardor demasiado fuerte de aquella pintura. Había ésta tomado los ligeros tonos del tapiz que acababan de dar á aquel matrimonio celebrado en el viejo oratorio del viejo palacio, en casa de un viejo Príncipe genovés y por un viejo sacerdote, el carácter de una fantasía á la vez deliciosa y extravagante. El ultramoderno Corancey, arrodillado junto á la heredera de los duxes, con Don Fortunato para bendecirles, en aquella decoración del siglo XVI, era una de esas paradojas que sólo la realidad produce y que parecen inverosímiles. Y también parecía inverosímil la inocencia del abate, aquel admirador apasionado del conde Camille, dirigiendo á los novios, antes de unirlos para siempre, un discursillo en francés; había querido, no obstante sus rencores políticos, hacer aquella gracia al extranjero que se casaba con su querida Marquesa.

—Noble señora, noble señor: Sólo algunas palabras dirigiré á ustedes. Pájaro que no canta nada augura. Va usted, noble señora, á unirse ante Dios con este noble señor. Noble señor, va usted á unirse ante Dios con esta noble señora. Paréceme que consagrando la unión de un gran nombre veneciano y de un gran nombre francés invoco una vez más el favor de Aquel que lo puede todo para la unión de esos dos

países que sólo deberían tener un corazón: nuestra querida Italia, noble señora, y su hermosa Francia, noble señor. Italia es semejante á esa figura que un maestro de genio ha pintado sobre el muro de esta capilla. De ella han salido, como de una viña fecunda, esas dos ramas de la raza latina, la altiva España y la brillante Francia. La misma savia vigorosa mantiene á las tres naciones. Tal vez algún día estarán unidas como una madre con sus dos hijos, como lo están ya por el parentesco de las lenguas, por la igualdad de religión, unidas como ustedes van á estarlo, noble señora y noble señor, con un lazo de amor que nada podrá romper nunca. Así sea.

—¿Le has oído?—decía una hora más tarde Corancey á Hautefeuille.

Pronunció el abate el *Ite Missa est*. Cambiáronse los solemnes *sís*, y el almuerzo, en el que figuraban los salmonetes mejores que los de Livorna, acabó alegremente, con la lectura del epitalamio, obra precientísima de Don Fortunato. Todos tomaban ahora el café en la galería, y los dos jóvenes hablaban apoyados en el marco de una ventana, cerca de la Artemisa de la nariz restaurada.

—Tú le has oído. Ese buen abate me adora... Me adora con exageración, porque sí que soy noble, pero no tanto. Consintiendo en este matrimonio secreto, ha dado á Adriana una prueba de afecto incalculable. Es inteligente como pocos. Hace tiempo que ha juzgado á Navajero, y previa para Adriana el más siniestro porvenir si no escapaba á tal esclavitud. Es astuto diplomático, puesto que ha decidido á su antiguo compañero de *carcere duro* á prestarnos su ca-

pilla. Pues bien: inteligencia, diplomacia, amistad, nada valen para un alma italiana ante el orgullo del derecho de primogenitura. Ha sido necesario que, como amigo del conde Camille, el abate nos haya hecho comprender que somos los hermanos menores de la gran familia latina. Pero en este caso, los hermanos menores han sido más astutos que los mayores. Así es que he perdonado su presunción á Don Fortunato, pensando en la cara que pondrá mi cuñado, italiano hasta los huesos, cuando se le presente el papelito donde tú acabas de poner tu firma junto á la del Príncipe. ¿Quieres ver la suerte que tiene Corancey? Mira...

Y por la ventana mostraba á Pedro Hautefeuille el cielo cubierto de nubes negras, y la calle, al pie del palacio, barrida por la brisa, mientras los transeuntes se embozaban en sus capas.

—¿No comprendes?—añadió—. No volveréis á daros al mar con tan mal tiempo. Estas señoras dormirán en el hotel. ¿No encuentras que es delicioso tener para la noche de bodas legítimas una cita clandestina como si se fuera culpable?

El provenzal tuvo para hacer esta confidencia, más libertina que conyugal, una sonrisa de media complicitad. Aquella sonrisa decía á Hautefeuille: «Una noche de amor que se prepara para ti también.» Corancey vió á su amigo enrojecer, como pudiera haberlo una joven á la que un pariente demasiado familiar dirigiera una broma picante al día siguiente de su matrimonio. Pero la nueva Vizcondesa llegó felizmente á interrumpir aquella conversación, aproximándose del brazo de la señora de Carlsberg. Era el

comentario vivo á las voluptuosas frases de Corancey el hecho de que aquellas dos jóvenes tan finas, tan elegantes, tan enamoradas, se acercasen así á los dos jóvenes; y el ambiente de paganismo que se respiraba involuntariamente en Italia es tan penetrante, que el estremecimiento de pudor que Pedro sintió apaciguóse bajo la mirada de los oscuros ojos de su querida, en los que lucía el mismo fuego que en los ojos azules de la veneciana al contemplar á su marido.

—¿Vienen ustedes á buscarnos por mandato del Príncipe?—dijo Corancey—. Le conozco. No cesará hasta que les haya mostrado á ustedes su tesoro.

—En efecto: él los reclama á ustedes—dijo Adriana—; pero, en primer lugar, venimos á buscarles por nuestra propia cuenta... A la hora del matrimonio es muy pronto para que un marido abandone á su mujer.

—Sí. Es muy pronto—repitió Ely.

Y el significado que encerraban estas palabras, dirigidas realmente á Hautefeuille, fué tan dulce al joven como un beso.

—Demos gusto al Príncipe... y á la Princesa—dijo, atreviéndose á llevar á sus labios la mano de su adorada querida como por galantería—, y vamos á ver el tesoro. ¿Tú le conoces ya?—preguntó á su amigo.

—¡Si le conozco!—respondió el otro—. A la media hora de estar aquí.

Y designando con la mano al viejo Frégoso, que, escoltado por miss Marsh y por Don Fortunato, salía de la galería, añadió:

—Nuestro huésped tiene su manía...; ustedes juzgarán.

Todo el cortejo de boda—para emplear la burguesa expresión del meridional, calificado de «gran nombre de Francia» por Don Fortunato—siguió á Fregoso por una escalera estrecha que conducía á las habitaciones particulares del coleccionador. Este, ahora, iba delante, deseoso de mostrar el camino. Como acontece en esas grandes moradas italianas, las piezas destinadas á ser habitadas eran tan pequeñas como grandes y magníficos los salones de recepción. El Príncipe ocupaba, cuando estaba solo, cuatro estancias de pequeñas dimensiones, y cuyo mueblaje, de lo más indispensable, atestiguaba el estoicismo físico del anciano, embriagado por sus quimeras é indiferente al bienestar y á la vanidad. Pero en las paredes veíanse algunos fragmentos que componían su verdadero museo; unos veinte ó veinticinco nada más. A primera vista, aquella colección de Fregoso, célebre en ambos mundos, estaba formada de restos informes de una rudeza de factura tal, que debía de producir sobre un ignorante la impresión que en Corancey había producido. A fuerza de estudiar el arte antiguo, Fregoso había llegado á no gustar más que de los mármoles anteriores á Fidias, esas reliquias del siglo VI en las que palpita ó en las que se revela toda la Grecia primitiva y heroica, la que contuvo la invasión del Asia por la sola virtud de la raza superior, colocada en presencia de las razas inferiores y de sus innumerables hordas. Llegó á ser el más apasionado de los arqueólogos después de haber sido el más activo de los conspira-

dores, y ahora el gran señor genovés vivía entre los dioses y los héroes de aquella edad lejana y tan poco conocida, como si hubiera sido un soldado esculpido sobre el monolito de Aristión. Apenas el último de sus convidados transpuso el umbral de la primera estancia, que servía de ordinario de salón de fumar, pareció que milagrosamente el gotoso se remozaba. Enderezóse su cuerpo, y sus pies no se arrastraban ya sordamente sobre el piso. Su demonio, como hubieran dicho sus queridos atenienses, se apoderó de él, y comenzó á explicar su museo con un entusiasmo ante el que era imposible sonreír. Bajo su palabra ardiente, el mármol mutilado se animaba, vivía; veíale él en toda su frescura de hacía dos mil cuatrocientos años, y por su irresistible hipnotismo, su visión se comunicaba á los más escépticos de sus oyentes.

—¡He aquí—decía—los más venerables de las imágenes!—Son tres estatuas de Hera, tres Junos, bajo su forma primitiva; el ídolo de madera, copiado en piedra por un cincel que vacila todavía.

—El *Xoanon*—dijo Florencia Marsh.

—¡Usted conoce el *Xoanon*!—exclamó Fregoso, que desde aquel momento no se dirigió más que á la joven americana—. Entonces, señorita, es usted digna de conocer la belleza de esos tres ejemplares. Son únicos. Ni el de Delos, ni el de Samos, ni el de Acropolo, valen nada al lado suyo. Mire usted los tres. Es la vida que ve usted nacer. Aquí el cuerpo está en su envoltura todavía. ¡Y qué envoltura! Ruda como la lana grosera. Sin embargo, respira. Se ven los pechos, las caderas, las piernas. Después, la tela

se hace tan ligera, que es un tisú delicado, de lana fina, una amplia camiseta que deja libertad á los movimientos. La estatua se anima..., anda... Admire usted la amplitud de ese torso bajo el peplón (1), esa túnica ajustada que desciende en pliegues verticales por un lado, en forma de abanico por el otro; esa posición de la diosa sobre su pierna derecha, y el avance de la izquierda... Anda..., vive..., ¡Oh belleza! ¡Y estos Apolos!

Y mostraba ahora, sin poder hablar, tanto le exaltaba la fiebre de su entusiasmo, tres torsos en piedra de color rosáceo, por haber estado en algún terreno ferruginoso, sin cabezas ni brazos, y sobre dos piernas de las que no quedaban más que los muñones.

—¿Acaso no es éste el tipo de los de Orchomene, de Thera y de Tenea?—dijo miss Marsh.

—Precisamente—dijo el Príncipe, sin contener su alegría—. Son imágenes funerarias; la estatua de un muerto divinizado en Apolo. ¡Y decir que hay bárbaros que sostienen que los griegos buscaron su arte en Egipto y en Mesopotamia! ¿Acaso un egipcio ó un asiático tuvo nunca la idea de este torcimiento, de esta curva del torso y de los riñones? ¿Han hecho algo más que el hombre sentado, el ídolo heráldico y pegado al muro? ¡Y estos muslos! Homero pretende que Aquiles daba un salto de cincuenta pies. Yo he practicado requisas exactas; ese es el máximo del salto del tigre: esto nos parece increíble. Pues bien; he ahí los útiles para saltos semejantes:

(1) Vestido, manto ó velo grande que usaban antiguamente las mujeres.—(N. del T.)

es preciso esos músculos. Todo el arte está allí: hermosos miembros, capaces de hermosos movimientos! *I moti divini*, decía Leonardo. Poned esa energía al servicio de la ciudad, y representad esa ciudad por dioses, por *sus* dioses, y tenéis la Grecia.

—¡Y tenéis Venecia, y tenéis Florencia, y tenéis Sena, y tenéis Génova y toda la Italia!—interrumpió Don Fortunato.

—Italia es el humilde discípulo de Grecia—dijo solemnemente Fregoso—. Tiene algunas marcas de la gran belleza; pero no es la gran belleza.

Después añadió misteriosamente:

—¡Ah! Ahora es preciso cerrar las maderas y bajar las cortinas. Don Fortunato, ¿quiere usted ayudarme?

Cuando todo quedó á obscuras, el viejo entregó al abate la bujía encendida, é hizole señas de que lo siguiera, y avanzando hacia una cabeza de mármol colocada sobre su pedestal, dijo con voz temblorosa por la emoción:

—La Niobe de Fidias.

Las tres mujeres y los dos jóvenes vieron entonces á la luz de la llama un pedazo de mármol realmente informe. La nariz estaba rota. El sitio de los ojos apenas se conocía. Toda una parte de la cabellera faltaba. Sin embargo, de aquella espantosa ruina habían quedado el labio inferior y la barbilla; y sobre esta boca y esta barbilla, Don Fortunato, acostumbrado á la infantil *mise en scène* del arqueólogo, hizo caer la luz.

—¡Está admirable de vida y de dolor esta boca! —exclamó Fregoso—. ¡Y esa barbilla es poderosa! Expresa de acabado modo la voluntad, el orgullo,

todas las energías de la reina que desafió á Latona. ¿No oyen ustedes el grito que de esos labios se escapa? ¡Y la nariz! ¡Qué forma más noble supo darla el artista!... ¡Mírenla ustedes!

Y cogió la cabeza, la puso en un ángulo, sacó su pañuelo, tomó un trozo de él entre sus manos, y le colocó bajo la frente de la estatua, en el sitio en que no había más que una llaga, por decirlo así, de la piedra.

—¡He aquí la línea de la nariz!... Yo la veo... ¡Yo veo las lágrimas que corren!...

Colocó la cabeza en otra posición.

—¡Yo las veo!... Vamos—concluyó después de una pausa y de un suspiro—, es preciso volver á la realidad. Abramos las maderas y descorramos las cortinas.

Y cuando la luz del día volvió á jugar sobre el informe resto, lanzó Fregoso un nuevo suspiro. Después, viendo otra cabeza menos destrozada, la cogió, é inclinándose ante miss Marsh, cuyos conocimientos técnicos y atención habían lisonjeado su manía, dijo:

—Señorita, usted es digna de poseer un fragmento de una estatua que adornaba el Acrópolis. Permítame usted que la ofrezca esta cabeza, descubierta en las últimas excavaciones. Repare usted en la sonrisa...

Y, en efecto, la cabeza levantada por las manos del viejo, sonreía con una sonrisa inquietante, á la vez sensual y misteriosa.

—Es la sonrisa eginética, ¿no es verdad?—dijo la americana.

—Así la llaman los arqueólogos—respondió el

Príncipe—, á causa de los mármoles del célebre frontón. Para mí es la sonrisa del éxtasis que debe flotar siempre en los labios de aquellos que gustan la eterna dicha, y que los dioses y diosas revelan á sus devotos. Recuerde usted el verso de Esquilo sobre Elena. En esa sonrisa está: «¡Alma serena como la calma de los mares.»

Cuando las tres mujeres y Hautefeuille se encontraron, al terminar aquel fantástico matrimonio y aquella aún más fantástica visita, en el landó, que les volvía á llevar al puerto hacia las tres de la tarde, los cuatro se miraron con asombro de estar de nuevo allí, en mitad de una calle llena de gente, entre las casas, en cuyos pisos bajos veíase gran número de tiendas, ante las fachadas llenas de carteles anunciadores, en plena vida contemporánea. Es la impresión que se siente cuando se acaba de asistir á una representación teatral durante el día, y se sale á la calle bañada por la luz del sol. La alucinación del teatro experimentada durante dos horas bajo la luz del gas, hace casi doloroso el regreso á la vida real. Adriana fué la primera que expresó en alta voz aquella sensación de desconcierto.

—Si no tuviera el epitalamio de ese excelente Don Fortunato—y mostró un cuaderno que llevaba en la mano—, creería que he soñado. Acaba de entregármelo con gran solemnidad, anunciándome que de este poema se han impreso cuatro ejemplares en casa del impresor que trabajaba en las proclamas de Marin, nuestro último dux. Tiene uno para Corancey, otro para Fregoso y otro para él. Sí..., creería que he soñado.

—Y también yo—dijo Florencia Marsh—, si esta cabeza de mármol no fuera tan pesada.—Y levantó con sus pequeñas manos el extraño regalo del arqueólogo—. ¡Dios mío, yo desearía visitar ese museo sin el Príncipe! Tengo la idea de que nos ha hipnotizado, y que, de no estar él allí, no hubiéramos visto nada. La sonrisa de esta cabeza la hemos visto hace un momento, cuando Fregoso nos la mostraba. Ahora no la encuentro... ¿Y ustedes?

—Ni yo... Ni yo... Ni yo...—exclamaron á la vez Ely de Carlsberg, Adriana y Hautefeuille.

—Es verdad—dijo ésta riendo—. Yo he visto llorar la Niobe, que no tiene ojos ni mejillas.

—Y yo—dijo la señora de Carlsberg—, correr el Apolo, que no tenía piernas.

—Y yo—dijo Adriana—, respirar la Juno, que no tenía pecho.

—Corancey me lo había prevenido—dijo Hautefeuille—. Cuando Fregoso no está en él, su museo no es más que un montón de piedras; cuando lo enseña él, un Olimpo.

—Es un creyente y un enamorado—repuso la baronesa Ely—, y estos momentos que he pasado con él me han enseñado acerca de Grecia más que todos mis paseos al Vaticano, al Capitolio y á los Oficios. Esto me consuela de no haber podido enseñarle á usted el Palacio Rojo y sus Van Dyck—añadió, dirigiéndose á Hautefeuille—. Son encantadores.

—Mañana tendrán ustedes tiempo—dijo miss Marsh—. Conozco á mi tío, y partirá esta noche; pero les dejará á ustedes en tierra: la *Jenny* va á bailar terriblemente, y él no admite que nadie se maree á bor-

do de su barco. Miren ustedes qué agitado está el mar... Habrá tempestad.

El landó había llegado al muelle, al sitio en que la chalupa del yate esperaba á los viajeros. Contra la piedra, en efecto, chocaban pequeñas olas, y en toda la rada, bajo la brisa, desencadenada ahora, notábase el movimiento del agua, muy débil, para menear los paquebotes sólidos sujetos á sus anclas, pero bastante fuerte par balancear los barcos de paseo y pesca. ¡Qué diferencia entre aquel estremecimiento del agua oscura y el espejo de zafiro inmóvil de la vispera, á aquella misma hora en la bahía de Cannes! Entre aquel cielo cubierto de nubes y el azul de la partida; entre aquel viento Norte y el soplo perfumado de la brisa del día anterior, ¡qué contraste! Mas ¿quién pensaba en advertirlo? No era Florencia Marsh feliz, á pesar de todo, por el *scalp* arcaico que iba á llevar á bordo. Tampoco Adriana, á la que la perspectiva de una noche pasada en tierra prometía tan gran delicia, pues tenía una cita con su marido como si fuera un amante. Corancey no se había engañado: lo picante de la cita clandestina y legítima, tras un novelasco matrimonio, acababa de enloquecer á aquella mujer enamorada, la que por vez primera después de algunos años, había olvidado por completo á su terrible hermano. No lo eran tampoco Hautefeuille y su amante, que pasarían juntos aquella noche. El joven, que se había quedado un poco atrás con Ely de Carlsberg, la decía alegre y tiernamente cuando se dirigían hacia la chalupa de la *Jenny*, cuyo pabellón blanco, negro y rojo, era agitado por la brisa:

—Comienzo á creer que ese encantador Corancey

tiene razón al hablar de su línea de suerte... Parece que esto es contagioso.

En aquel instante, y cuando Ely respondía con una sonrisa de promesas, uno de los marineros, de pie en el muelle junto á la barca, tendía á miss Marsh una abultada cartera. Era la correspondencia de á bordo que él había ido á buscar al correo, y la joven americana empezó el apartado de las quince ó veinte cartas.

—Aquí hay un telegrama para usted, Hautefeuille—dijo.

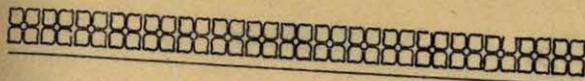
—Voy á ver—dijo éste—. Es una buena noticia, seguramente.

Y abrió el telegrama. Su rostro iluminóse con una sonrisa, y tendió el despacho á la señora de Carlsberg, añadiendo:

—¿Qué le decía yo á usted?

El telegrama estaba redactado en esta forma:

«Abandonó el Cairo hoy mismo. Estaré en Génova domingo, lunes lo más tarde. Recibirás nuevo telegrama. Muy feliz de volver á verte. — *Olivier Du Prat.*»



VII

OLIVIER DU PRAT

El segundo telegrama fué enviado, y el lunes, á eso de las dos, Pedro de Hautefeuille entraba en la estación de Cannes para esperar la llegada del rápido. Él mismo había tomado este tren para venir de París en Noviembre último, bien débil aún por efecto de la pleuresía que le puso á las puertas de la muerte. Quien le hubiera visto en aquella tarde de Noviembre, pálido, delgado, envuelto en su abrigo, no hubiera reconocido al convaleciente de entonces en el gallardo joven que atravesaba la vía, cuatro meses después, con las mejillas sonrosadas, la boca sonriente, ágil y con los ojos brillantes de una felicidad que iluminaba todo su rostro. Entre los veinticinco y los treinta y cinco años, los más modestos, los más tímidos, tienen esos momentos en los que el orgullo de vivir aparece en sus más insignificantes ademanes: es la señal de que aman, de que son amados, de que todas las cosas que les rodean conspiran para favorecer este amor, y la sensación de que ningún obstáculo se opone á su deseo les levanta el ánimo. El sér físico está en ellos exaltado, como transfigura-